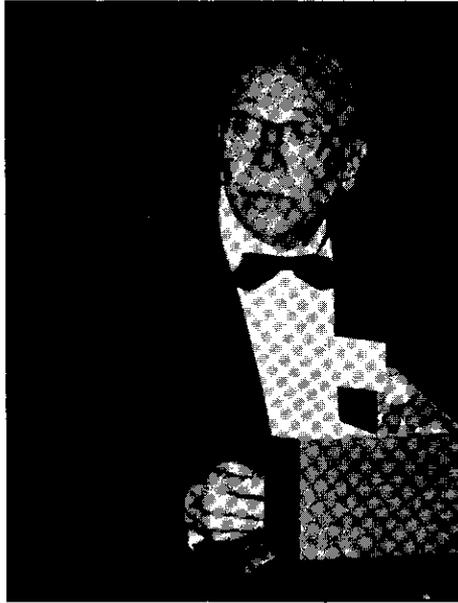


Biografía Médica

Ovidio García Rosell

Por Octavio Mongrut Muñoz



La vocación hipocrática no es únicamente el símbolo del valer del médico; a la ciencia y al arte de curar debe añadirse como complemento necesario e indiscutible, la calidad humana, cuya expresión, por ser propia y singular, constituye lo verdaderamente espiritual y trascendente que queda tras la vida de aquellos hombres que transitaron con brillo y luz propia por los senderos de la medicina. Tal es el caso de Ovidio García Rosell.

Comúnmente, en la historia de muchos médicos, los homenajes, por lo protocolares, son perecederos. Lo impercedero y sustantivo es el reconocimiento espontáneo y sincero a los méritos exhibidos; la emoción compartida ante el reencuentro con la reflexión profunda y cultivada; el regocijo alentador ante el valor de la experiencia recibida; la gratitud sentida ante la utilidad de la enseñanza expuesta; el recuerdo vívido de la palabra, del gesto, de la actitud, de la imagen que dejó el maestro y el amigo, manifestaciones que se perennizan en el análisis sosegado y crítico de su obra, tanto más madura y vigente cuanto más se penetra en las circunstancias de los episodios que le dieron origen. Y la obra dejada por Ovidio García Rosell tiene la excelencia de su sencillez, la pro-

fundidad de su humanismo y el reconfortante estímulo de su inquietud científica, gremialista y social.

Ovidio García Rosell poseía las cualidades del clínico moderno unidas a las mejores dotes innatas del espíritu. Su obra es polifacética y su bibliografía abundante. En sus trabajos y discursos está vivo el pensamiento que dio categoría a su actividad profesional. Es preciso leer sus admirables ensayos sobre: "Tendencia actual de la educación médica", "La medicina y el médico en la estructuración social", "Palabras y conceptos sobre el movimiento ideológico", "Pacientes, médicos y administradores", entre otros, para apreciar no sólo la profundidad de sus conocimientos sino la certera visión de muchas de las contradictorias situaciones de la vida médica y social de nuestro tiempo.

Nació en Lima, en 1901. Obtuvo el título de médico-cirujano el 15 de febrero de 1928. En octubre de 1936 se graduó de Doctor en Medicina con la tesis: "Estudio del neumotórax en la altura". Inicialmente se dedicó a la Clínica siendo durante muchos años Profesor de Semiología y Propedéutica Médica en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Luego destacó nítida-

mente en el estudio de las enfermedades broncopulmonares, en especial la tuberculosis, ejerciendo casi 25 años en el Servicio Santa Rosa del Hospital Dos de Mayo. Esencialmente autodidacta, profundizó en la patología y asimiló rápidamente los progresos tecnológicos de la radiología, de la broncoesofagología, del neumotórax y otros métodos diagnósticos y terapéuticos, para aplicarlos con acierto al campo de la fisiología.

García Rosell tuvo condiciones reconocidas de organizador intuitivo y práctico. En la Universidad de San Marcos actuó con tino y dio jerarquía al Secretariado de la Facultad de Medicina. Impuso un sello especial de trabajo en equipo al personal docente y asistencial de la Cátedra de Fisiología, de la que fue Profesor Principal Titular. Organizó y orientó con criterio técnico y de servicio la Oficina de Internado y de Enseñanza para Graduados de la que fue primer Director. En el origen de la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, hoy "Cayetano Heredia", dirigió con eficiencia la Comisión Estatutaria y fue Profesor Emérito. A sus actividades docentes y clínicas, sumaba labores promotoras y de administración en la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, donde varios años ejerció el cargo de Director Técnico del Comité de Asistencia Social y Hospitalaria.

Miembro de numerosas sociedades médicas nacionales y extranjeras y de la Academia Nacional de Medicina. Fundador de la Asociación Médica "Daniel A. Carrión", conjuntamente con Juan Werner, Alfredo Leví Rendón, Luis Hubner, Gabriel Delgado Bedoya, Juan B. Lastres, Mauricio Dávila, entre otros, dando a través de ella valiosa dimensión a las actividades médicas al promocionar la cohesión del espíritu gremialista en épocas en que primaba el excesivo individualismo en el ejercicio de la medicina. Es consagratoria igualmente su participación en la edición de la "Revista Médica Peruana", órgano oficial de dicha asociación, que tiene el mérito de ser la única publicación que ha mantenido su calidad y regularidad ininterrumpidamente durante 34 años, habiendo sido en circunstancias polémicas el vocero de la opinión médica mayoritaria del país.

Elegido primer presidente de la Federación Médica Peruana, dedicó importante parte de sus tareas a un peregrinaje sistemático por todo el país visitando a la mayoría de las sociedades e instituciones científicas y hospitalarias, para infundir el nuevo espíritu asociativo que devolviera a la profesión médica su posición señera de fuerza cultural y de grupo de opinión en momentos en que se ensombrecía el panorama del ejercicio liberal. Viajero permanente y mensajero de la amistad, de la doctrina y de la categoría de la medicina peruana, que supo llevarlas con dignidad y con prestancia.

Impuso un nuevo estilo a las relaciones entre profesionales. Fuese en la Cátedra, en las tareas administrativas o en su función dirigente, el trato personal sirvió para poner a prueba el carácter de sus dotes persuasivas. En toda empresa le interesaba más que el halago personal el lograr la aceptación y la participación colectivas, en el propósito de unificar y armonizar cada vez más el sentido renovador y de transformación que bullía en los espíritus médicos y en sus instituciones tutelares. Es que la pureza de su conducta, el honor, es decir el respeto a sí mismo, y sus convicciones, se le aparecieron siempre como valores absolutos, dignos de ser perseguidos, incluso si ningún éxito viniera a coronarlos. Bajo este prisma podríamos mirar todas las etapas de su existencia.

Profesor amable y respetuoso, respetado por alumnos y por maestros. No obstante, se le acusó simultánea y sucesivamente de lo que podría excitar contra él la desconfianza o la reprobación; por ejemplo, de ser comunista, sin embargo sobrellevó con hidalguía estas incomprensiones, manteniendo sus convicciones, sus razones, sus líneas de acción, su honor de médico y sobre todo, de hombre libre.

"El hombre no puede salvar los hechos, pero siempre puede salvar los principios. La vida médica es rara hoy, aún para aquellos que somos maestros. El abatimiento de los caracteres, la incertidumbre de las convicciones, la semejanza de toda vida con cualquier otra, parecen probar que la grandeza de la medicina y la esencia de la profesión que cultivamos, ya no imprime su sello en los nuevos médicos con suficiente energía. La moral fácil ha penetra-

do en todas partes rebajando las cosas y los hombres, también al médico y asimismo al maestro. A la medicina y a los médicos nos falta más energía y convicciones sociales que conocimientos científicos" (1), señalaba en una de sus intervenciones en las horas difíciles por las que atravesaba la enseñanza de la medicina en las postrimerías de la década del 50.

Su labor fue fructífera en la vida institucional de la Facultad de Medicina de San Fernando donde, además de haber sido Secretario, participó como miembro de la Comisión Pedagógica y de la Comisión de Reforma Académica y de Estudios al lado de eminentes maestros como Honorio Delgado y Alberto Hurtado, Jorge Voto Bernales y Hernán Torres. Su preocupación, como la del grupo de trabajo, era formar por lo menos en una pléyade de jóvenes profesionales, la trama del médico completo, estudioso, técnico, científico y humanista pero, por sobre todo, de un médico libre, capaz de actuar y de servir a la profesión y a la colectividad, prescindiendo de todo prejuicio y de toda hipoteca moral. Estábamos en los albores de la institucionalización de las nuevas escuelas médicas de Arequipa, Trujillo y Cayetano Heredia. "La libertad no se enseña a nadie ni se da a nadie; es una fuerza interior, un poder del alma. No es solamente una condición exterior; es, en su realidad más profunda, una cualidad de la existencia. De nada nos servirá haber conquistado condiciones exteriores libres de sometimientos si se permanece esclavo de uno mismo, de sus pasiones, de sus debilidades, de su falta de carácter" (2). Consideró, entonces, que era preciso reemplazar los caracteres cuyos resortes se habían aflojado; rehacer de algún modo la estructura moral de hombres verdaderamente libres, como deberían ser los médicos. En esta obra, Ovidio García Rosell empleó quizá lo mejor de su talento y de su esfuerzo.

En la enseñanza de la medicina profundizó con fruición en el intento de coadyuvar al establecimiento de la doctrina de la medicina moderna. Lo imperioso de una renovación integral tanto en el espíritu mismo del maestro como en los métodos y en los procedimientos de enseñanza, así como en la organización de

las instituciones docentes y de acción médica, fueron aspectos que destacó con valentía.

"Los problemas educacionales son siempre actuales y siempre cambiantes. La medicina no puede escapar a la evolución de la humanidad y todos sus cambios son el trasunto más inmediato y revelador de cada paso o alternativa en la condición social de los pueblos". "El elemento humano dentro de la educación médica es muy diferente en su función y en su destino. Con frecuencia oímos decir que los factores fundamentales a considerar son: el maestro y el discípulo. Esta concepción ha surgido desde que la medicina era liturgia y desde que las relaciones eran fundamentalmente de persona a persona. Hoy podríamos descomponer estos simples términos en una variada composición. Maestro es quien además de comunicar a otro lo que sabe, que es función intelectual, le infunde su personalidad y su carácter en todo cuanto tiene de valioso. Discípulo es quien recibe la enseñanza y se infunde del espíritu de la doctrina del maestro" (3).

Concedor por vocación y por inquietud del valor de la investigación, escribe: "La mente humana busca senderos de diferenciación y, por regla general, quien ama profundamente la investigación se entrega a ella íntegramente y sigue su ideal arrojando dificultades y sacrificios. La investigación ofrece las más grandes satisfacciones intelectuales; por ella se busca la verdad y esto basta para incorporarla al grupo de las actividades más diletas" (3).

"La verdad científica es una de las más cambiantes porque no puede alcanzar su valor absoluto. Nos da la más preciosa información acerca del Ser pero no puede darnos la razón del Ser, principio íntimo y objetivable de la vida. Pero nos ha abierto el camino más franco hacia el conocimiento de la naturaleza y de la posición del hombre dentro de ella. La investigación es el método para avanzar por el camino de esta verdad" (4).

La visión del vínculo de la medicina con los problemas sociales del medio constituían su preocupación esencial, quizá por la influencia de la especialidad y el trasfondo de este orden que tiene el ejercicio de la fisiología. "Estando la medicina actual tan enlazada a la evolu-

ción social, quien la enseña debe estar conectado en cuanto sea posible a las vibraciones del ambiente. Quien tal función debe ejercer como maestro debe tener algo más que la acendrada preparación moral, algo más que la cultura regular de la escuela secundaria y la semi-humanística de la pre-profesional; debe ser un hombre que, aparte de su función docente, siga viviendo la inquietud del mundo a través de las conexiones que la actividad profesional extra-docente le puede ofrecer" (3).

La talla moral se revela cuando, al analizar la fijación del límite de edad para el apartamiento de las actividades docentes, establece: "Quien es de temperamento superior, encuentra en el jubileo la liberación para seguir sirviendo a la humanidad hasta que su capacidad y su energía lo permitan, sin sujetarse a las determinaciones de una obligación precisa; este beneficio que todo intelectual quisiera gozar en el curso de su vida, solamente es adquirido en plenitud por el maestro que alcanza la felicidad de una consagración jubilar. Puedo afirmar que si la vida y mis acciones me permiten alcanzar la satisfacción de una jubilación temprana consagrada por quienes recibieron algo de mi espíritu y que superándose a sí mismos, son capaces de continuar la obra maravillosa de hacer evolucionar el pensamiento, tal día, será uno de los más felices y memorables; entonces, estoy seguro que encontraré vastos horizontes para continuar, liberado de obligaciones, un trabajo útil en la discusión, selección, crítica y ordenación del pensamiento sobre temas

que para mí serán dilectos" (3). Y cumplió exactamente lo que dijo.

Fue la suya una vida llena de matices. Sirvió con tesón en cuanto tarea fuese digna de llevar a cabo para elevar la condición del médico; interiormente era un perfeccionista. Su código de ética, severo para consigo mismo, ha dejado frutos: está resumido y lo contiene el CODIGO DE ETICA Y DEONTOLOGIA DEL COLEGIO MEDICO, vigente para todos los médicos peruanos. Tal vez si el espíritu del maestro, en las postreras horas en que presentía que la vida lo abandonaba, quiso mantenerse presente para seguir conduciendo por los senderos del honor y de la superación, a la profesión médica por la que tanto hizo...

-
- (1) De la alocución pronunciada en la Asamblea de Docentes de la Facultad de Medicina. Octubre 1960.
 - (2) Del Informe presentado a la Comisión de Reforma Académica de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos 1957.
 - (3) Tendencia Actual de la Educación Médica. Trabajos del I Congreso Panamericano de Educación Médica. IV Centenario de la Facultad de Medicina. Mayo, 1951. Editora Médica Peruana. Lima, Perú.
 - (4) Palabras y Conceptos en el movimiento ideológico. Conferencia sustentada en la Escuela de Graduados "Víctor Alzamora Castro" de la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas. Octubre 1963.